

Martin Gil

Prosa Rural



Córdoba

Imp. y Lib. Inglesa, 24 de Setiembre, 14

1900

Martin Gil

Prosa **R**ural



Córdoba

1900

Imp. y Lib. Inglesa, 24 de Setiembre, 12

ACAD/
GIL/p

Señor Martín Gil

Estimado amigo: En el Ensayo sobre Burleigh, se refiere que en Italia hubo un criminal condenado á leer á Guicciardini ó ir á galeras. Optó naturalmente por el primero, pero al llegar á la guerra de Pisa, no pudo soportar mayor fatiga, y arrojó el libro y abrazó el remo.

Si la costumbre conservara todavía estos juicios, seguramente no se repetiría el caso con «PROSA RURAL.» Sus páginas son bellas y son útiles, y se leen con la facilidad que corre el agua en la pendiente.

La vida tranquila y soberana del campo, el bienestar apacible que proporciona el trabajo rural, los estudios y la experiencia personal que imponen, la existencia vegetativa y apática de nuestras ciudades mediterráneas, la acción enteramente urbana de los gobiernos y sus tanteos débiles é inconscientes en la campaña, constituyen para Vd. la fuente inagotable de observaciones, consejos, quejas, censuras, indicaciones, enseñanza

y crítica. La ignorancia tan concienzudamente aplicada en la explotación extensiva de nuestra industria agrícola-ganadera, sublevan su espíritu de estudioso, y le arrancan los mejores acentos. Quisiera Vd. que la investigación y los métodos científicos se ejercitaran con discernimiento y seguridad, con fe completa en los resultados, que multiplicarían la riqueza nacional y mejorarían la condición general de las personas, y este alto anhelo, es una ambición patriótica á la cual Vd. consagra su inteligente esfuerzo.

La propaganda particular, intermitente y aislada, sin relación ni plan, despertará solo la curiosidad de algunos. Unicamente la escuela iniciará á todos en la nueva vida, extinguirá de raíz los errores hereditarios, demostrará la insuficiencia del criterio actual, infundirá la convicción y el apego por los sistemas de comprobación técnica.

La escuela, sin embargo, encerrada en el recinto impropio de las ciudades, apenas atraerá á los pudientes, asustados de la concurrencia y el fracaso de las carreras de aglomeración común. Es indispensable complementarla con las «cátedras ambulantes de enseñanza rural,» generalizadas con notable éxito en Europa. El cuerpo de agrónomos y veterinarios del Ministerio de Agricultura, esterilizados en el trabajo sedentario,

podrían fundar aquella enseñanza en Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba y Entre Ríos, bajo un plan meditado, adecuado á las circunstancias de cada región. Las municipalidades y sociedades locales, extenderían los beneficios de esta iniciativa con su concurso decidido, cada establecimiento particular sería un campo de estudio y experiencia, y los hombres de toda edad y posición, apenas libertados de las horas de trabajo, concurrirían comodamente á oír la nueva palabra. La preocupación infundada, el falso concepto, el procedimiento atrasado, serían en su propio hogar vencidos de un golpe por la «propaganda por el hecho», y la ciencia experimentada suministraría ideas exactas y métodos seguros, que mejorarían la producción y prácticas rurales.

Insinúa Vd. en «Aprensiones» á las «cátedras ambulantes», pero no organiza y desenvuelve el pensamiento.

La expresión natural y sencilla, el sentimiento artístico que busca la claridad en el arte, la seriedad y calma de espíritu, la ironía humorística que esparce suavemente el ridículo y la burla, son condiciones que unidas á la preparación científica de Vd., á su conocimiento de la vida del campo, le hacen un escritor atrayente y autorizado, que describe con colorido, juzga con verdad y enseña con conciencia.

« PROSA RURAL », es el anuncio de un libro metódico, nutrido é íntegro, de propaganda y crítica, y si ahora llevan aquellas páginas aplausos sinceros, las que vendrán luego, consagrarán el triunfo duradero y resonante.

Admira Vd. á Bacon, y es lógico ensayando esfuerzos en una obra de reforma y civilización.

El indio ha desaparecido de la pampa por el exterminio, pero queda todavía el indio de las estancias, que espera su transformación por la enseñanza.

Vd. puede espantar sombras y arrojar luz.

Mis votos por su salud, mis mejores augurios por sus éxitos.

Su amigo —

R. J. CÁRCANO.

Estas páginas, por ser mis primeras,

las dedico

á la memoria de mi padre,

ISAIAS GIL.



UNA NOCHE DE PERROS

HACE ya mucho tiempo que en este mes de Septiembre — que por su nombre debiera ser el séptimo del año y resulta el noveno, — llegaba yo y mi sirviente á la estancia « La Choza » del ilustre doctor Irigoyen, munido de una recomendación de dicho hombre de Estado para su administrador el señor Salazar, cordobés como yo y un cumplido caballero, como suelen serlo todos los cordobeses trasplantados, sin que esto quite que los de almáciga también lo sean. Supongo que á nadie le importará saber á qué iba yo á « La Choza », pero si alguien se interesa, por aquello de que todos querrían meterse en

lo ajeno, no tengo inconveniente en satisfacer su necesidad: iba con el estómago por los suelos, es decir, enfermo de esa viscera *sine qua non*; me faltaba lo que le sobra al avestruz: pepsina y tenía la esperanza — si es que un enfermo del estómago puede abrigar alguna — de levantarlo en el campo. Fui, pues, recibido con todas las atenciones imaginables por el señor Salazar.

— El amigo Gil querrá salir á caballo, ¿no es verdad?

— Con mucho gusto, señor.

— Pues entonces le haré ensillar el *mala-cara* de don Bernardo, su caballo de confianza.

— Tanto honor! Monté en el gran *mala-cara*, una especie de cilindro envuelto en grasa, tan estúpidamente gordo, que hasta las articulaciones habían perdido la noción de sus funciones. El animal se movía *de una pieza*, así como esos caballos de madera que usan los niños y que tienen clavadas sus cuatro patas en dos balancines de silla-hamaca. — Intentamos galopar, pero en ménos tiempo que canta un gallo enano,

me encontré tendido de boca sobre un cardal lustroso. Este fenómeno, según Salazar, se debía á que don Bernardo nunca galopaba, así que el *malacara* había olvidado el mecanismo del galope; por lo tanto se trabó... y lo demás fué por cuenta exclusiva de la ley de gravedad. Hice presente que en tal caballo no podía andar seguro un candidato á la presidencia y volvimos á las casas.

— Venga amigo Gil, le mostraré algo muy notable, me dijo Salazar, señalando una jaula de hierro. En el primer momento creí ver un par de tigres de Bengala que se abalanzaban furiosos al mirarnos.

— Estos son dos perros de raza mastín, me dijo, traídos de Inglaterra. El doctor los quiere mucho y son mansos con él; pero ya han hecho pedazos (la ropa por lo menos) á varias personas, y en los días nublados, cuando salen á retozar en los potreros, generalmente matan vacas, novillos, ovejas ó lo primero que se presenta: se les prenden del hocico ¡y al suelo! — en seguida, colmillos á la garganta y asunto concluido. — Esto lo hacen como por vía

de ejercicio. — Ahora los largarán como de costumbre para encerrarlos al anochecer.

Francamente, me hizo muy poca gracia todo este relato, pues un peligro, por más lejano que esté, nunca hace gracia.

Como Vd. estará causado — me dijo Salazar después de comer—lo acompañaré hasta su cuarto para que se acueste; tendremos que andar unos cincuenta metros, pues le hemos arreglado pieza en la casa del doctor, así que Vd. y su sirviente serán los únicos habitantes de ella por lo pronto.

Efectivamente, me encontré dueño y señor de un gran caserón, rodeado por un espléndido bosque de eucaliptus. — Viéndome instalado el señor Salazar, dió las buenas noches y se fué. Mi sirviente se acostó en la pieza contigua á la mía y yo me quedé en la galería, no sin sentir un cierto mal estar indefinido, producido quizá por encontrarme sólo, de noche, en una casa desconocida y vacía, rodeada por un bosque tenebroso y todo esto sumergido en profundo silencio: el silencio del campo. La atmósfera estaba *pesada*, aunque el barómetro dice que en tal caso está liviana.

Una tormenta de primavera formada por espléndidos *cúmulus*, esas nubes blancas nacaradas, de curvas ampulosas, torneadas como alfeñiques gigantes, iba trepando lentamente el horizonte al compás de sus salvas eléctricas: parecía un inmenso acorazado que viniera dispuesto á bombardear al planeta. Así serán probablemente los globos de guerra que usará la humanidad dentro de mil años, pues supongo que nos seguiremos matando hasta esa fecha... pero esto no tiene que ver nada con los perros. A cada instante el rayo, con su espada en zig-zag, atravesaba con furia las entrañas de las nubes, partiéndolas en tajadas luminosas. A los dos ó tres segundos, llegaba el estampido del trueno, certificando el oído lo que los ojos habían visto. Luego nomás el bosque principió á dejar sentir ese rumor característico de la llegada del viento, entremezclado con todas esas voces de alarma dada por los animales: el grito de las gaviotas, del tero-tero, de las caseritas y uno que otro pájaro mal instalado en el ramaje; el relinchar de las manadas, el balido de las ovejas, que remolineando, van

á amontonarse en un ángulo del corral, con las cabezas bajas, formando con sus cuerpos una mancha blanca é inmóvil, la que el relámpago hace surgir á intervalos de entre las tinieblas.

Cuando principiaron á caer las primeras gotas, esas gotas tibias, grandes como cuentas de cristal, propias de las lluvias primaverales, y el exquisito olor á tierra mojada invadió la atmósfera — perfumado debido, según Berthélot á un humilde microbio — resolví acostarme para oír llover á mi gusto. Había dejado la puerta entreabierta y me encontraba sentado en la cama á la luz de una vela y á medio vestir, con una pierna en número cuatro y con ambas manos y mis cinco sentidos puestos sobre un impertinente nudo ciego que había hecho presa en una de mis polainas; esos nudos insólubles que no aflojan ni á diente con saliva y que por último hay que aplicarles el sistema del gran Alejandro — me hallaba en tal posición, decía — cuando sentí algo así como una de las notas más graves del órgano, y levantando la cabeza, me encontré con un perrazo enorme

á mi lado, en actitud de atacar y brillándole un par de ojos amarillos é inmóviles como dos esterlinas. No hay duda que en un gran peligro se piensa más cuerda-mente que en un percance de poco valor. Al instante me dí cuenta de que si me movía, quedaba convertido en menudo picadillo ; así que permanecí más quieto que un poste, con las dos manos puestas sobre el nudo ciego y los cinco ó seis sentidos sobre el mastín. Ignoro qué tiempo pasamos en ese *modus* estando, pero algún buen rato debió ser porque al fin, el perro, resolvió echarse, pero sin cambiar de sitio ni de visual.

Me miraba este bruto con tal insistencia y fijeza, que parecia en éxtasis, haciendo yo, por lo tanto, el papel de visión. Intenté resolver el problema de llegar con la cabeza á las almohadas. Según mis cálculos, en dos horas debía llegar — si el perro no disponía otra cosa, — moviéndome á razón de un centímetro por minuto. Iba yo descendiendo la curva con toda felicidad, repartiendo las miradas entre el animal y las almohadas, cuando sonó con

extrépito un elástico del colchón. Al mismo tiempo, se puede decir, ruió el perro, levantándose como impulsado por un resorte. Por lo visto, la *ecuación personal* — y dispensen los astrónomos — ó el *tiempo fisiológico* de tal bruto, era mínima. Me miró un momento y volvió á echarse gruñendo. Aproveché este acto de generosidad para llegar á las almohadas. Después fui subiendo las piernas con la mayor cautela imaginable y quedé acostado en forma. Al poco rato, la vela entró en agonía y luego no más entregó su espíritu á la atmósfera quedándonos en tinieblas. . . .

De vez en cuando, un relámpago iluminaba la pieza; entónces tenía la satisfacción de ver en el mismo sitio á mi *fiel* guardian. La situación al fin, iba resultando pasable. Con tal de no dormirse para evitar ronquidos ó cualquier movimiento fuera de programa, estaba salvo. Me dediqué pues, á pensar en cualquier cosa hasta que amaneciera, pero resultó que se me agotaron todos los temas y no amanecía ni á cañón. Estuve tentado en creer que la tierra hubiese cortado la cuerda invisible que la

une al sol, y libertada así de la fuerza centripeta que la retiene en eterno círculo, hubiera aprovechado su igual y contraria, la centrifuga, para lanzarse por la tangente, perdiéndosele de vista á su señor, el astro patron.

Unicamente la luna, como una monja enclaustrada y curiosa, asomaba á cada instante su cara blanca y redonda por entre las grietas de las nubes en movimiento y los barrotes de una ventana que tenía á mi frente.

Por fin la tierra enderezó su lomo, pero recien como á las nueve de la mañana se lejó sentir una sirvienta, que golpeando a puerta me preguntó si deseaba tomar algo.

Tomaré el portante, le contesté, después que saquen este perro.

— ¿Qué dice señor?

— ¿Qué entre y saque este animal.

— ¿Qué se habrán salido los perros?
efunfuñó la mujer, entrando á la pieza.

— ¿Y el otro? -- dijo.

— ¿Qué otro?

— ¡El otro perro!

Entonces se dejó sentir una voz como de ultra tumba que decía: — aquí está desde anoche. . . haga el servicio. . .

Era el pobre de mi sirviente que hablaba por entre las mantas y almohadas que se había echado sobre la cara.

Agosto de 1900.



¿CAMPO Ó CIUDAD?

UNA personalidad argentina que no hay para qué nombrar, puesto que muy bien pudiera suceder que hoy, en vista del rumbo que las cosas llevan, quisiera declarárseles en huelga á sus convicciones de otro tiempo — dijo alguna vez, refiriéndose al tema de estas líneas y modificando en parte un refrán español: « El campo embrutece, empobrece y ennegrece ». — Por lo visto, también en los cerebros poderosos anidan los disparates, así como en los grandes cañones suelen anidar lechuzas. Pero fijándose un poco, el error es disculpable: la sentencia apocalíptica del personaje argentino, no ha

sido más que la síntesis del credo dominante en nuestro país respecto al asunto que hoy nos ocupa. Aunque es verdad que se ha reaccionado respecto al modo de apreciar la vida de campo, se puede afirmar, sin embargo, que esa es la manera de *pensar* de la mayoría de la gente que nunca pensó.

¿Con qué se vá usted al campo? ¡Qué lástima! ¿Y lleva la familia? ¡No me diga! Ay! pobres niños! Pobre señora! Como irán á volver de asados!. Lo que es yó, le digo á mi marido que más bien me resignaría á verlo de portero de un Juzgado que de estanciero.

Todos hemos oído estas lamentaciones de las personas que padecen de *campofobia*. Así opina una gran parte del simpático sexo *opuesto*, como diría Latzina. Conste, sin embargo, que conozco muchas señoras y señoritas completamente dispuestas á correr los riesgos de una aventura rural, siempre que se tratara de acompañar á sus maridos ó futuros realizados. . .

¿Cómo soportan, prosiguen las rebeldes, esas noches interminables del campo?

¿Cómo matan el tiempo? — Y ustedes, digo yo, distinguidas interrogantes, que se hacen rastra en las ciudades, maniatando á sus maridos, ¿cómo se irán á quemar la cara, pero no con sol y aire puro, que es vida, sino con pinturas ordinarias que es embardunamiento! Sus pobres niños, como se irán á criar de blancos y venas azules á fuerza de sombra, aire viciado y leche aguada! Las noches interminables del campo ¿cómo se soportan? De una manera muy sencilla: leyendo, estudiando, haciendo música, etc., etc. — De esta manera se obtienen dos cosas: se libra de la chismografía activa y pasiva, es decir, no descuera ni es descuerado, por lo tanto no hay negocio de barraca, al mismo tiempo se aleja cada día más del nivel del burro, aunque este animal se encuentre más cerca de nosotros en el campo que en la ciudad. En cuanto á lo de que cómo se mata el tiempo, es difícil responder, pues siempre he creído que es el tiempo quien lo mata á uno; por otra parte, siendo el tiempo un animal inconmensurable, sin principio ni fin, sin piés ni cabeza, lo considero invulne-

rable. Pero hasta el servicio doméstico se confabula contra la vida en el campo. La primera observación que hace una mucama ó cocinera al *tratar*, es esta: « si es pal campo no me animo: no quere mi tiya ».

Este horror por el campo no es solo nuestro: Demolins lo cita como un síntoma de debilitamiento del pueblo francés, así como el gusto, la afición del pueblo inglés por la vida de campo, lo considera como un factor de fuerza y de progreso. Taine, en uno de sus tantos libros admirables — « La Inglaterra » — en el que estudia al país de Newton con ese poder de penetración extraordinario que lo caracteriza y que yo compararía al de esos barrenos con que se construyen pozos artesianos, barrenos de punta diamantina, que atraviesan todos los obstáculos, que perforan todas las durezas y que no se detienen hasta no dar con la corriente subterránea, la que, viéndose libre de su cautiverio tenebroso, se arroja hacia la superficie del planeta, como una flecha cristalina, ávida de luz, de vida y libertad; Taine, digo que decía

lo siguiente: — «La ciudad no es en Inglaterra, como en Francia, la morada preferida. Si se exceptúan las grandes poblaciones manufactureras, las demás ciudades como York por ejemplo, apenas son habitadas que por tenderos; lo selecto y la cabeza de la nación, está en otra parte, en los campos. Londres mismo no es ya más que un centro de negocios; la gente va allí en verano durante tres ó cuatro meses, para hablar, distraerse, volver á ver á sus amigos, atender á sus intereses y pasar revista á sus conocimientos. Pero las raíces de las personas están en su *country seat*; esa es la verdadera patria, el pequeño círculo amado, el centro de la familia donde se trabaja eficazmente. . . .» Todos los pensadores modernos, sociólogos, moralistas, políticos, y economistas indican la vida de campo como un gran remedio á los males sociales. Todos están conformes en la necesidad que hay de descentralizar las grandes ciudades á las que consideran como focos de ruina, moral y física. Yo compararía á una gran ciudad con una campana neumática colosal en la que cons-

tantemente se hiciera el vacío y que estuviera en comunicación por medio de tubos (ferrocarriles, rios, canales, etc.) con las pequeñas poblaciones y los campos. Todo lo susceptible de pasar por los tubos, va á caer como hondazo á la gran campana, con peligro de aplastarse y animado de una fuerza viva igual á la masa por el cuadrado de la velocidad, según la fórmula matemática. Es decir, el porrazo que sufre una persona al caer en la gran campana, es tanto más fuerte cuanto más dinero lleva en los bolsillos. Buenos Aires es, para nuestro país, la gran campana neumática donde van á caer y disolverse tantos ahorros de provincia, sin más provecho positivo muchas veces, que el gusto más ó menos duradero de unas cuantas comidas en la rotisserie.

Diremos volviendo á nuestro tema, que el campo no embrutece á nadie que no tenga vocación para bruto, al contrario, es el gran ambiente para el estudio; si alguien se considera embrutecido por el campo, la culpa es de él ó es que siempre ha sido bruto y pretexto quieren las cosas; que

ninguna estadística del mundo ha probado que en el campo abunden más los brutos que en las ciudades: es más cuestión de traje que de otra cosa, pues en las ciudades también hay avestruces; que en el campo nadie se muere de hambre ni gasta lo que no tiene; que del campo salen las tres cuartas partes de la renta pública y que al campo entran.... los cobradores de impuestos; que si el campo, hoy en día no enriquece, está muy lejos de empobrecer; ¿que el campo quemá, ennegrece? Perfectamente: es lo que recomiendan todos los higienistas del mundo.

Generalmente la verdad no se halla en los extremos: creo que una dosis compuesta de dos partes de campo y una de ciudad, es altamente provechosa para todo el que la ingiera.

Estancia *San José*, Agosto 21 de 1900.



MAÍZ Y POLÍTICA

AQUEL lector que por su delicado paladar, gusto refinado ú otra razón cualquiera de orden digestivo ó de moda, no congénie — lo compadezco — con la mazamorra nacarada, con el áncua florida, con la umita fragante, con el choclo cristalino, con el locro patriarcal, con la rubia *polenta*, con el *homini*, con el *hasty puding*, con el *indian meel*, etc . . . no lea estas líneas, pues hablaremos del *zea mays* de Línneo, la gran gramínea, productora de fuerza muscular, calor y grasa, á quien Norte América le debe en gran parte su poder y energía, su vida vibrante y fecunda : hablaremos del Maíz.

Creo más provechoso ocuparnos de este noble grano, que tratar de política criolla, ese brebaje indigesto y fatal para quien lo ingiere de buena fé, plaga nacional mucho más funesta que todas las epizootias habidas y por venir; mal propio, exclusivo, característico de nosotros los americanos del Sud, producto de ese prójimo, muchas veces bueno, y que tanto abunda en todo Sud-América, llamado con respeto cuando no con admiración, *hombre vivo*, *hombre diablo*, digno de un profundo estudio psíquico.

La América no ha salido todavía de la época del *hombre vivo* Pero vamos al grano. Las causas del modo de ser, de las tendencias ó en una palabra, de la característica de los pueblos, debieran ser buscadas por el lado de la cocina, entre las ollas y sartenes, antes que por cualquier otra parte. Inglaterra por ejemplo, pueblo activo, emprendedor, atropellador, manoteador, civilizador, es, entre los europeos, el que come más carne y azúcar, dos alimentos poderosos productores de músculo y energía, y la energía y el músculo, son los dos factores físicos de la acción. Nosotros, los argentinos,

comemos tres veces más carne que los ingleses; por eso será que nos pasamos á la otra alforja, resultando revolucionarios crónicos y de carácter explosivo. Pero nos sucede á nosotros lo que al vapor de una caldera, á alta presión: dándole libertad de golpe, vemos con sorpresa que en vez de quemar nuestra mano la enfría. Querría decir entonces que somos inactivos por exceso de fuerza, así como hay una impotencia de la voluntad por exceso de ideas. Me atrevo á pensar que la gran energía, el brío, la fuerza del pueblo norteamericano se la debe en gran parte al maíz, así como Inglaterra se la debería á la carne y azúcar. Se ha dicho con razón, que el maíz es el alimento nacional del pueblo yankee. Los yankees son los verdaderos creadores de más de trescientas variedades de maíz. Ellos han obtenido triunfos tan brillantes en la selección de este cereal como los ingleses con sus vacas y ovejas. En las trescientas y tantas variedades que poseen, hay para todos los climas, para todos los gustos, necesidades y caprichos. Desde el *durham white flint corn*, cuya espiga mide

más de treinta centímetros, conteniendo de 600 á 800 granos — el nuestro tiene, cuando más 200 — hasta el de pequeña espiga, cristalino, tierno como un bombón del «águila», sacrificado en estado de choco y á dedo limpio, por todo el pueblo yankee, con apetito gruñón. El maiz *de seca* ó de Kentucky, indiferente á las mayores sequías y como hecho de encargo para una gran zona de nuestro país, es otro triunfo. .

Norte-América cosecha por año, mayor cantidad de maiz que de trigo el mundo entero. El año 97, su cosecha de maiz fué avaluada en 642 millones de pesos oro. ¿Pero á donde va á parar tanto maiz se dirá, sabiendo que Norte América no alcanza á exportar más que el 3 0/0 de su cosecha?

Ese maiz va á convertirse en millones de toneladas de carne; en rios de leche, en montañas de manteca, en pirámides de queso cual las de Jeezeh, en mares de alcohol, cerveza y aceites, en millones de gallinas, etc.; fenómenos todos obtenidos en virtud de un procedimiento sencillísimo: obligando al noble cereal á que dé unas

cuantas vueltas por el tubo digestivo de millones de vacas, novillos, cerdos, carneros, gallinas, cilindros y calderas. Los residuos de la planta entran en la confección del papel, pólvora, mosaicos, baldosas, esmaltes, impermeables, celulosa, etc. Por lo visto, debiéramos preguntar ¿qué no se hace con el maíz?

Ahora bien; siendo el maíz entre nosotros el alimento nacional ó más bien dicho, un conato de alimento nacional, y contando con tierras iguales y superiores á las americanas del Norte ¿qué hacemos con el maíz? Exceptuando la buena voluntad de unos cuantos hombres progresistas, muy poco ó nada hacemos.

Cuando más haremos *la cara fiera* de pura necesidad si el año no se presenta desgranándose en algarroba, higos y tunas. Todavía estamos cultivando el maíz primitivo, indígena y *á lo que te criastes* á pesar de que Sarmiento el año 72 introdujo al país semillas especiales, fracasando en sus propósitos, pues los agricultores se le rieron al gran civilizador. Recuerdo haberle oído referir á Sarmiento en mi casa, — al mismo

tiempo que hacía desaparecer una hermosa empanada cordobesa (en Buenos Aires), manejada á mano y con arte criollo, es decir sin dejar gotear la grasa, quedando por lo tanto el plato ileso — la lucha sostenida por él con estancieros y agricultores para vencerlos de las ventajas de los cercos de alambre y de las semillas elejidas. Concluyó el cuento con una carcajada formidable, digna de su enórme boca y de su enorme desprecio por todo lo que á rutina olía.

Dada la clásica indolencia de nuestro paisano en general, — tanto que podría creerse que padece de *abulia*; es decir, de una parálisis de la voluntad, — es un deber de los gobiernos preocuparse de su reacción, haciéndolo entrar por los procedimientos modernos de cultivo, los cuales disminuyen la fatiga y aumentan el rinde. Pero es preciso hacerles palpar las ventajas; que les entre por los ojos. A un paisano que le hablaban de las ventajas del ferrocarril contestó, encojiéndose de hombros: «yo no digo que no sea *güeno*; pero donde *dentran* las mensajerías tiradas al pecho ¡lo dudo amigo!»

Los gobiernos, por ejemplo, debieran hacer venir semillas especiales de maíz para las regiones de que se trate, repartiéndola entre los paisanos más animosos y obligándolos, si fuera posible, á sembrarla en tal ó cual forma. Debieran repartir al mismo tiempo cierto número de arados modernos, especiales — pues con el arado de mancera no hay caso, — recordando que toda la ciencia agrícola puede reducirse á dos palabras: preparación de la tierra y selección de semillas.

Creo inútil decir que el maíz requiere una labor honda de 25 á 30 centímetros; que de una planta á otra debe mediar un espacio de 35 á 40 centímetros; de una raya á otra, 70 á 80 centímetros; que debe desinfectarse la semilla antes de sembrarla; que no se debe dejar helar la semilla en la planta, porque en vez de secarse se humedece, en virtud de su propiedad higroscópica; que debiera cortarse á máquina y mparvarse, para aprovechar la planta como forraje, después de desgranada la espiga á máquina también; que una hectárea de maíz dá, por lo menos, diez mil kilos

de ese forraje, el cual, comido por los animales (vacuno, lanar) se transforma en 486 kilos de carne según el profesor Nennenberg; qué del maíz abundante brotan como por encanto los chanchos y las gallinas; que quién pueda cuando quiera, meter un chanco al horno ó una gallina á la olla, puede considerarse feliz; en fin para concluir: que de todo lo que hemos dicho, no se hace absolutamente nada y dispensen esos cuantos hombres progresistas que luchan aislados.

Análisis comparativo de Boussigault entre el trigo y el maíz:

	<u>Trigo</u>	<u>Maíz</u>
Almidón, azúcar, dextrina.	66.9	71.55
Materias grasas	1.2	8.80
Id. azoadas	14.6	12.90

Análisis del tallo del maíz:

Fosfatos	13 o/°
Materias grasas	5 o/°
Almidón y azúcar	28 o/°
Albumina	21 o/°
Materias azoadas	4 o/°

Ahora bien ; ¿porqué un novillo yankee vale en Inglaterra 15 pesos oro más que uno nuestro de igual peso? Porque los ingleses no son zonzos y pagan el *sabor* de la carne á más del peso : pagan el *gusto* á *maiz* de esos novillos.

Córdoba, Agosto de 1900.



DOMA CRIOLLA

LA guerra anglo-boer (de infeliz memoria) ha sido para el caballo argentino, lo que la gota de amoniac para las sales de mercurio: el gran reactivo. Ella ha puesto de relieve ó más bien dicho, ha descubierto de una manera concluyente sus notables cualidades, y también sus defectos, abriendo así una nueva fuente de riqueza nacional hasta ayer despreciada.

A nuestro caballo se le ha reconocido intrepidez, resistencia, sobriedad, pero también se ha dicho, y con justicia, que es algo chúcaro, duro ó blando de boca en exceso, desconfiado, etc. En una palabra: el defecto

de nuestro caballo es, para mi modo de ver, aquel por el cual fracasan no solamente los animales sino también la gente: la mala educación. A nuestro caballo le sobran las principales condiciones físicas (la estatura se arreglará pronto) pero le faltan casi por completo lo que podríamos llamar condiciones morales, fruto de la educación dada por el hombre y de la herencia transmitida por sus progenitores. Es muy sabido que los animales hijos de padres mansos, civilizados, son muchos más dóciles é inteligentes que los de padres salvajes.

Respecto á la educación del caballo en nuestro país, todos sabemos en que consiste, pues ¿quién no ha visto domar un potro? Con el permiso de los señores artistas en el *recao con gurupa*, y prescindiendo de ese sentimentalismo criollo que nos hace mirar con cierta poesía ó de color azul, como diría algún simbolista, todo lo que se relaciona con el gaucho, podríamos definir así la doma: es el dominio ejercido por un animal de dos patas sobre otro de cuatro patas; ó simplificando, haciendo desaparecer denominadores y despejando,

como se dice en álgebra, llegaríamos á esta otra fórmula más general: doma criolla, igual á una lucha entre dos brutos. No tengo inconveniente en reconocer excepciones, y en admitir también que algo hemos adelantado gracias á la intervención del estanciero moderno, ese tipo médio *agringao* que ignora el manejo del facón y boleadoras; que al lazo lo ha sustituido con el brete; que en las operaciones de sangre no permite arrojar á la herida el inolvidable puñado de tierra; que en vez de curar con *palabras*, gatos y sapos partidos en ayuna, cura con bicloruro de mercurio ó ácido fénico. En fin, no tengo inconveniente en declarar también, que el gaucho me es profundamente simpático, pero casi únicamente por el lado de la estética sentimental: me gusta verlo con la guitarra en la mano, facón al cinto y parejero al lado, tocando una *décima* en la menor. . . . pero desgraciadamente el mundo marcha, llevando consigo esa ley disolvente y á la vez creadora: la evolución.

Volvamos á nuestro asunto y analicemos el procedimiento empleado en la doma criolla.

Se principia por amarrar la víctima contra un poste á soga corta, dejándolo en tal condición durante cinco ó seis horas, para que *aflueje* el *cogote*, es decir, para que tironeando, se disloque algunas vértebras del cuello, lo que siempre sucede. Obtenido este resultado *previsto*, se presenta el *maestro* con un cuero ó carona en la mano y sin más preámbulos, acomete al discípulo á cuerazos, con tal furia, que parece se tratara de apagar algún incendio: este segundo procedimiento tiene por objeto *quitar las cosquillas*. Y la verdad, que pasados cinco minutos, el animal queda inmóvil, la mirada fija, temblando y sudando á chorros: éste es un fenómeno nervioso producido por el espanto y que la fisiología moderna denomina *cataplexia*, algo muy parecido á la *catalepsia* de origen histérico en el hombre. Despues de esto, se procede á ensillarlo, principiando por ajustarle la mandíbula con un piolín ó *tiento* tan suavemente, que se le incrusta en la encía: en seguida se le aplica la montura apretando la cincha de una manera feróz, y subiendo el *maestro* á la tribuna, grita: *larguenmelón*.

— Si el pobre animal sale manso, hay que darle una paliza para que no se haga el zonzo; si por el contrario, resulta malo, hay que darle una paliza para que no se meta á vivo. Despues vienen los tirones de las riendas, tirones verdaderamente feroces, á dos manos, y reforzados con todo el peso del cuerpo que se arroja de golpe haciaatrás con el sano propósito sin duda, de *ablandar* la boca, aunque la mándíbula cruja y se parta ó la lengua quede hecha jirones. Estoy seguro que el dinamómetro avaluaría por lo menos en doscientos kilógramos el esfuerzo de esos tirones. En fin; habría que apuntar muchos otros detalles mas ó menos salvajes, pero con lo dicho basta y sobra.

El cuadro de la doma criolla no quedaria final en el cinematógrafo ó en el biógrafo, pero francamente, no me gustaría que tales vistas se anunciaran diciendo: « procedimiento argentino para amansar el caballo ».

El tal procedimiento es digno de ser considerado como un delito y por lo tanto, penado. Se puede asegurar sin exajeración, que con tal sistema, el 60 0/0 de los caballos resultan llenos de defectos é inacceptables

para la exportación europea. Es necesario pues, que el estanciero preste mayor atención á la educación del caballo, si quiere crear una nueva fuente de riqueza nacional.

Es bueno recordar que el maestro insuperable del caballo en todos los tiempos, el árabe, principia por educarlo desde que nace, así que cuándo el noble animal llega á la edad de hacer vibrar sus músculos en servicio del hombre, está educado desde hace tiempos. Aquí viene bien el dicho francés: *il faut commencer par le commencement*. — Debe aprovecharse tambien la ley fisiológica de la herencia, educando á los padres para tener hijos con predisposición á la educación. Hay tanta diferencia en la inteligencia natural de un potrillo hijo de padres amaestrados en el circo con la de otro de origen salvaje, como la que existe entre la de un niño parisien y un pequeño toba.

Se podrá pensar quizá, que si de Enero á Abril se han exportado quince mil caballos, esto es debido únicamente á la guerra anglo-boer y que enseguida no más, cesará la demanda, cuando Inglaterra haya

aniquilado por completo á las valerosas repúblicas sud-africanas, triunfo obtenido á costa de una tenacidad y empeñamiento verdaderamente admirable, pero con tanto talento como el que podría desplegar una barranca al venírsenos encima. Habiéndose probado el valor del caballo argentino para las faenas de la guerra, creo que su exportación está asegurada. Guerras no nos faltarán, es decir, marchantes guerreros. Desde los tiempos más remotos hasta la fecha, por mangas ó por faldas, la humanidad se viene destripando con toda perseverancia, con *amore*. La guerra puede ser considerada como uno de tantos factores del proceso social, obedeciendo, por consiguiente, á leyes fijas. Todavía nos falta un buen rato para alcanzar aquella « civilización pacífica » vislumbrada por Comte y Spencer. Así que muy bien podríamos decir con un sociólogo moderno: « la perpetua lucha de las razas es la ley de la historia, mientras que la paz perpétua, es el sueño de los idealistas ».



¡ ÁRBOLES !

MUCHO, muchísimo, ha dicho un distinguido sabio naturalista, depende de la plantación de árboles en las pampas, la felicidad y porvenir de la mayor parte de la Nación Argentina.»

Es esta una verdad que no admite discusión, aceptada por todos; pero los árboles, como el poncho de marras, no aparecen. Y la pampa sigue hasta hoy — aunque proteste el poeta Obligado — con su fisonomía de tabla rasa, igual, llana, lisa, insípida, cargante. La pampa impresiona á quien la contempla por primera vez, pero luego nomás, abomba y deprime el espíritu más bien dispuesto: la igualdad es algo muy aburrido.

Estamos orgullosos y con razón de la fertilidad de nuestra inmensa planicie, pero no queremos fijarnos que nos encontramos á la intemperie, asándonos en el verano y helándonos en el invierno; azotados por interminables vendavales y acariciados por continuos cambios de temperatura, capaces de desquiciar el organismo más bien templado. Todo este salvajismo de la pampa puede ser combatido con los árboles, con los bosques, así como el otro salvajismo, el indio, se combatió con el remington.

Es algo muy sabido y probado que la presencia de los bosques en una región cualquiera, influye de una manera directa y eficaz sobre su clima y condiciones meteorológicas; y no son necesarios profundos conocimientos de física para comprender y aceptar las razones que la ciencia da respecto á este fenómeno. Los fito-geógrafos más eminentes están contestes en que la fertilidad de una región no depende de la cantidad de lluvia que cae anualmente, sino de la manera como se reparte esa lluvia en las cuatro estaciones del año.

Es evidente que seria más provechoso

para la vegetación en general, que en un mes lloviera tres veces veinte milímetros, que recibir un sólo aguacero torrencial de sesenta milímetros. Cualquier persona, con tal de no ser un idiota, preferiría comer poco pero diariamente y con regularidad, que pasar hambriento seis días de la semana, para hartarse el domingo. Las regiones sin bosques se encuentran en las condiciones del hambriento. La principal causa de esterilidad de algunas de las islas Canarias, del Cabo Verde, Santa Elena y algunas de las Antillas, se atribuye á la devastación de sus bosques, pues desde esa época se hacen sentir terribles sequías, finalizadas por lluvias torrenciales, lo que viene á ser una segunda catástrofe. Al principio se creyó que los bosques aumentaban el promedio de lluvia anual, pero hoy en día, la mayoría de los meteorologistas están de acuerdo en que si no la aumentan, por lo menos la distribuyen, la reparten, la administran con equidad; en una palabra: hacen llover más á menudo aunque no hacen caer más agua.

Las corrientes ascendentes de aire caldeado que se originan en las superficies á

la intemperie y que impiden la formación de las nubes, no tienen lugar en las regiones sombreadas por los bosques.

Por otra parte; los árboles ponen en circulación, emiten á la atmósfera, gran cantidad de vapor de agua, pues se considera que un vegetal cualquiera, necesita para vivir decentemente, evaporar en veinticuatro horas una cantidad de agua de un peso igual al de sus hojas; de lo que se deduce, y la ciencia y la experiencia lo comprueban, que en igualdad de latitud, es mucho más templada una región con bosque que otra sin él, porque un ambiente que contiene vapor de agua, es más abrigado que otro seco, aunque á primera vista parezca un absurdo; y porque los vientos se quiebran y amortiguan al chocar con la verde barrera.

Becquerel afirma que una hilera compacta de árboles de dos metros de alto, protege del viento una zona de doscientos metros al frente.

Ahora bien; ¿ á qué se debe la falta de árboles en la pampa? ¿ Qué significa esta colosal calvicie en un suelo fertilísimo, el cual puede compararse por su composición

química según lo hace notar Napp, al de las regiones que baña el Nilo?

Cuando Darwin en su célebre viaje alrededor del mundo, allá por el año 1832, visitó y estudió parte de la Argentina, quedó sorprendido de la falta de árboles en la pampa. Su opinión al respecto, era que el fenómeno se debía principalmente á causas geológicas; que cuando el mar se retiró y surgió la pampa, las fuerzas creadoras de vegetales leñosos, estaban agotadas, de lo que yo deduzco que la pampa se presentó tarde al reparto, quedando afeitada y sin visitas. También creía Darwin que los vientos influían poderosamente en contra de los árboles. El naturalista Hierónimus, en oposición á Darwin en este punto, dice, que si no hay árboles, es porque no ha llegado el momento todavía, pero que aparecerán á su tiempo. Esto, puede ser una verdad científica, pero de realización remota y por lo tanto, de ningún valor para los presentes y futuros habitantes de la pampa. Ya sabemos que los plazos geológicos, pasados ó futuros, son verdaderamente aterradores. En mañana en geología equivale sencilla-

mente á unos cuantos miles de años. Pero de todos modos, tanto los sabios como los profanos, están conformes y convencidos de la posibilidad que hay de poder formar espléndidos bosques artificiales en la pampa.

Por lo tanto es preciso estimular en toda forma la plantación de árboles. Así como los gobiernos confieren honores á los mejores criadores de vacas ú ovejas, debieran premiar á los criadores de bosques. Así como hay sociedades protectoras de los animales, debieran existir otras protectoras de los árboles; pues gracia á la evolución de las ideas, no está lejano el día en que se considere un acto punible y degradante el destruir ó maltratar un árbol.

Norte-América nos dá el ejemplo. El año 1872 se fundó una sociedad particular para fomentar la plantación de árboles, con una cuota de un dollar anual, y hasta el año 94 los socios de « Arbor Bay » habían plantado y cultivado la friolera de *trescientos cincuenta y cinco millones* de árboles frutales. En el año 91 se fundó en Francia la « Société des Amis des Arbres » con una cuota de dos francos anuales y en los dos primeros

años, se plantaron *cuatrocientos mil* árboles. Vamos á ver pues, si la República Argentina sigue el ejemplo de Norte América, Francia y otros países civilizados, y en época más ó menos cercana, cambiamos la fisonomía de la inmensa llanura, salpicándola de bosques en todas direcciones y haciendo como se dice vulgarmente, de una vía, varios mandados, puesto que tendríamos sombra, fruta y combustible, tres cosas mucho más interesante que los tres productos de Bagley; y si por último, no pudieran los bosques triunfar completamente de los vientos que nos azotan con insistencia estúpida, — tanto que en la pampa creo que podríamos viajar á vela — por lo menos, los atenuarían y haciendo el papel de grandes condensadores, los obligarían á pagar el piso ó derecho de tránsito, reteniéndoles una parte del vapor de agua que llevan á otras regiones.

Estancia *Isaías*, Noviembre de 1899.



APRENSIONES

Si no un elogio, por lo menos es una disculpa muy honrosa para un hombre que trabaja sin éxito, que se diga de él, que *trabaja como burro*. Y sin embargo no es lógico pretender que un hombre prospere trabajando como burro. Aunque para mí sea el burro un animal muy simpático y tenga defensores eminentísimos como Max Nordau, por ejemplo, no lo considero un animal inteligente, sino paciente, y con solo paciencia jamás se obtendrá nada.

Haciendo lugar á las excepciones que nunca faltan en ningún orden de cosas, ni en las matemáticas mismas, podemos

afirmar tranquilamente que el principal factor de la pobreza, del abatimiento y ruina del colono en nuestro país, es la virtud que tiene de trabajar como burro, en vez de trabajar como hombre. Su situación es algo parecida á la de aquella tripulación que navegaba sin saberlo en el gran río Amazonas y estando á punto de perecer por la sed, acertó á pasar un buque al cual se dirijieron con desesperación pidiendo agua.

De la nave salvadora se les gritó sencillamente: agáchense y beban.

A nuestros colonos hay que gritarles tambien: agáchense y trabajen bién la tierra, no teman introducir la reja del arado, desterronen, desmenucen, pulvericen el noble elemento, dén tres rejas, arrojen semilla escojida, pasen el cilindro, alternen si es posible las sementeras, no se extralimiten en la libreta del almacenero y después nos dirán como les fué.

No hay duda que la crisis agrícola es un fenómeno universal en estos momentos: la crisis de la abundancia, la plétora, hasta que se inicie el descenso, la anemia ame-

nazadora fijada por Crookes y otros para de aquí treinta y tantos años, si antes no se le ocurre á los asiáticos cambiar el arroz por el trigo. Pero quien sufre verdaderamente esta crisis es la agricultura europea por los gastos que ocasiona el cultivo, pues allí se hace germinar el trigo artificialmente se puede decir, á fuerza de cuidados y prolijidades en la preparación de la tierra y derramando por quintales los abonos químicos, minerales y orgánicos. A la pobre tierra aletargada se la hace revivir como al moribundo, con inyecciones de éter y cafeína. Y naturalmente todo esto cuesta dinero: ya sabemos lo que es la botica.

En vista de los defectos que aquejan á nuestra agricultura, es digna de aplauso la idea de establecer las *cátedras ambulantes* que tan grandes servicios prestan en Europa y Norte América. Es preciso convencer al colono demostrándole sus errores, y hacerle vislumbrar el triunfo si abandona su inolvidable y querida rutina y también su negligencia.



Nuestros novillos y carneros de exportación están de parabienes porque Inglaterra se niega á recibirlos, pero la Argentina sufrirá un gran golpe económico, casi un desastre, si esta negativa se prolonga ó se hace crónica, lo que no está lejos de suceder. Pero fijándose un poco, la fiebre aftosa no es quien para asustar de tal modo á Inglaterra al punto de hacerla proceder de manera tan absoluta y violenta; pues debemos suponer que sean más estrictas las precauciones sanitarias para las epidemias que atacan directamente al hombre que para con la de los animales. Y es muy conocido el procedimiento que sigue Inglaterra con los buques sospechosos de cólera, peste bubónica, etc; el que se reduce á tantos dias de observación, desinfección completa del buque y carga, y enseguida... pase Vd. adelante.

Ahora, si consideramos que el periodo de incubación de la fiebre aftosa es de tres á cinco dias, y que el viaje á Inglaterra dura un mes, de decir, siete ó nueve veces el periodo de incubación ¿ cómo puede ser considerado peligroso un cargamento de

hacienda que llega en perfecto estado de salud? Por lo tanto hay que buscar otras razones.

Segun el incomparable crítico Lord Macaulay, el pueblo inglés suele caer de vez en cuando en una especie de « mojigatería virtuosa » de la que fué víctima Lord Byron en cierta época de su vida.

¡ Quien sabe si la Argentina no es víctima en este momento de alguna *mojigatería sanitaria!*

Lo que no podrá negarse, es que Inglaterra usa de menos escrúpulos con los novillos y carneros de Norte América y Australia que con los nuestros. Será cuestión de conveniencia ó querrá quizás despararramar con preferencia sus libras esterlinas *entre la familia*. Pero de todos modos, si los ingleses no se vuelven vegetarianos, tarde ó temprano serán nuestros consumidores forzosos de carne fresca; pues Norte América disminuirá cada día su exportación por el aumento de su consumo interno y Australia no puede competir por encontrarse á una enorme distancia.

Y no podrán decir que les mandamos

novillos de sangre latina puesto que el refinamiento lo hacemos con padres importados de su país, aunque á la vez hayamos importado la tuberculosis bovina.



En cuanto á la epizootia reinante, me inclino á pensar que no podrá ser dominada por más que se gaste dinero y energías, pues Francia, con toda su actividad, ciencia y recursos, acaba de ser vencida en toda la línea por la aftosa. Así lo declaran sus autoridades en la materia.

Los cordones sanitarios no merecen ninguna fe, porque el principal propagador de la aftosa es el viento, el cual levanta y transporta á donde se le añoja la baba jabonosa de los animales enfermos, después de estar seca y convertida en menudo polvo. Las moscas, mosquitos y el hombre mismo, son otros vehículos de la peste. ¡Y vaya Vd. á ponerle cordones al viento y á los dípteros!

¿Y quien es el veterinario nuestro que ha

¿dado entrada libre á animales enfermos, importados seguramente de Francia y en él momento en que nó había una sola revista francesa que no hablara de la epidemia reinante?

Ese veterinario merece que le cuelguen una medalla de cien kilos y lo presenten à la consideración de los rumiantes.

Estancia *Isaias*, Abril 16 de 1900.



HORIZONTE AGRÍCOLA

SE nota en todo el país cierta tendencia bien marcada á ocultar las noticias y comentarios de nuestro desastre agrícola. Será política ó lo que se quiera, tanto da, pero que es un mal proceder, no hay que negarlo.

¿No sería mejor declarar la verdad, reconocer el mal y buscar el remedio? No hay peligro que el país se enferme del corazón si se le dice que el desaliento, la desmoralización que reina en los colonos de toda la república es verdaderamente alarmante y triste. Que si vuelven á preparar sus tierras y siembran este año, será contra toda su voluntad, sin abrigar ninguna esperanza, algo

así como cumpliendo una ley fatal, necesaria.

No hay duda alguna que el gran problema, la gran incógnita que el siglo XX presentará á la humanidad en su primera página y con encargo de *pronto despacho*, será *la cuestión alimento*. Por eso es que todas las miradas de los hombres que piensan principian á dirigirse á un solo punto: á la agricultura y á sus dos palancas colosales: Química y Física. De mútuo acuerdo, ellas serán las que darán el fallo de vida ó muerte en tiempo no lejano.

Según el sabio inglés W. Crookes, la producción del trigo no está en relación con el consumo. Los pueblos que comen pan se acrecientan á razón de seis millones por año y á los 25 años se necesitará un 50 % más de trigo del que produce el mundo entero. Actualmente Europa necesita importar trigos de ambas Américas para cubrir su déficit y antes de 50 años América se guardará muy bien de exportar un solo grano de trigo. Suponiendo, dice Crookes, que los países productores de trigo aprovechasen el máximum del terreno dispo-

nible y aumentase el rendimiento por hectárea, la producción del trigo en el mundo entero será insuficiente desde el año 1931 — Como se ve, los cálculos de Mr. Crookes no son muy tranquilizadores.

Estos pronósticos me traen á la memoria la célebre y aterradora teoría de Malthus. De todos modos hay que prestarles atención por aquello de que cuando el río suena agua trae. Pero tratemos de algo más inmediato. ¿Qué actitud asumen nuestros gobiernos para sacar de apuros al agricultor de nuestro país? Inventar algún nuevo impuesto, contestarán muchos, aunque yo creo en los buenos propósitos del gobierno. ¿Por qué no se piensa en la creación de Bancos Habilitadores que proporcionen al colono el capital necesario para hacerse dueño de la tierra y pagarla con su producto al cabo de algunos años? Bancos que facilitaran dinero á seis años por ejemplo exigiendo el primer año tan solo el interés del capital y en los cinco siguientes el 20 % de amortización anual con el interés que quieran y con hipoteca sobre la misma tierra, creo que harían negocio seguro,

prestando al mismo tiempo un gran servicio al país. El gran secreto está en hacer del colono ambulante que hoy conocemos, un pequeño propietario. ¿Pero esos bancos habilitadores podría fundarlos el gobierno? Desgraciadamente creo que no, porque á las veinticuatro horas de abiertos, estarían invadidos por la *política*, el fermento más corruptor y dañino, la *gran píldora* de los países sudamericanos. — Por consiguiente tendrían que ser capitales extranjeros los fundadores de dichos bancos.

Es bien sabido que las casas de comercio son las habilitadoras del colono, adelantándoles dinero al 12 %, y entregándoles una libreta de almacén y tienda para sus necesidades durante el año, todo esto á cuenta del trigo. Un colono en tales condiciones, es el hombre más feliz que pisa el planeta, por lo menos durante ocho ó diez meses.

Pero como la *libreta* es el animal de carga más sufrido que se conoce, abusan de su resistencia, y al final del año quien la paga es el trigo, así como al final de un baile criollo quien la paga es la guitarra.

La acción del gobierno podría concretarse tan solo á atenuar en lo posible esa lluvia de impuestos y contribuciones que aplasta al agricultor, al productor en general, por lo menos, mientras dure la *debâcle*. Con disminuir los impuestos y asegurar la vida y hacienda en la campaña, se habría clavado un pica en Flandes. Mucho se habla del cuatrерismo, y con toda buena voluntad, hasta hoy no se ha concretado nada. Se busca el remedio para esta plaga en todas partes menos en donde se encuentra á la vista y paciencia de todos. Esto me hace recordar aquellos individuos por demás distraídos que revuelven la casa entera buscando el sombrero y al fin resulta que lo tienen puesto.

Supriman la libertad bajo fianza del cuatrero (la gran *cábula* con la que prosperan los honrados y los pícaros), tripliquen las penas y organicen las policías; recién entonces habrán combatido al cuatrерismo.

A esto se contesta que si las rentas fueran suficientes se haría eso y mucho más.

Pero es el caso que las rentas cada día

alcanzan menos y el pueblo cada día paga más. Se dice, y es la verdad, que el sistema federal es muy caro. Y entónces por qué no abandonamos la brillante farsa del sistema federal y buscamos otro, farsa también, pero más barata, más acomodada? Pero volvamos á los colonos. Vale la pena de apuntar aquí un grave defecto muy digno de ser combatido y en el que incurren casi la totalidad de los agricultores de nuestro país. ¿Por qué razón una hectárea en nuestro país no *rinde* mas que diez quintales métricos y en Francia, por ejemplo, donde es necesario incorporar á la tierra las sustancias que ya le faltan y aquí sobran, se obtienen hasta cuarenta en la misma superficie? La razón parece estar en la manera de tratar la tierra y en la elección de la semilla. El colono que llega de países en que se siembra hasta bajo de la cama por falta de tierra y se encuentra aquí con inmensas superficies, queda sorprendido, sugestionado y la primera idea que vibra en su cerebro, lo primero que se le ocurre, es arar todo lo que abarca con su vista. Sufre una especie de ataque de apropiación; lo que le

pasa á los niños cuando entran á una confitería: quieren marcharse con la confitería íntegra, inclusive el dueño. Dominados por tal idea, *rasguñan* con el arado grandes zonas de terreno, derraman cualquier clase de semilla y vamos los domingos al almacén á contar grandezas entre el humo de un cigarro toscano capáz de matar á un tigre y un buen litro de vino tinto, no tan bueno que digamos.

Pero llega la cosecha (toda hora llega) y faltan brazos, falta el tiempo para *la corta* y una parte del trigo se derrama antes que llegue la espigadora. Final del cuento: mucho gasto y poco rinde. ¿No sería mejor sembrar diez hectáreas que rindan por cuarenta?

Bell-Ville, Mayo del 1899.



¿HASTA CUÁNDO?

TOMANDO en cuenta el proverbio inglés *time is gold*, podríamos preguntarnos cuánto está perdiendo el país desde la clausura de los puertos ingleses. Sin hacer cálculos alegres sinó más bien tristes, resulta que desde el momento en que los ingleses de allá se negaron á mascar nuestras carnes, perdemos varios miles de pesos por hora, docenas de miles por día, millones por mes y docenas de millones por año. ¿Pero llegaremos al año á este compás? No son pocos los que temen la localización del mal, el paso al estado crónico, y no me refiero á la fiebre aftosa, sinó á la mala voluntad del gran

marchante. Se desconfía, se recela de nosotros y desgraciadamente con algún fundamento. La mentira comercial reina en todo el orbe, pero entre nosotros, á más de reinar, prospera. Por qué fracasó la exportación de alfalfa en fardo? Sencillamente porque se remitió pasto podrido, húmedo, inservible; porque para aumentar el peso (feliz ingenio) se mezcló arena, tierra y hasta se aprensaron perros y gatos, según dicen. Pero dejemos estas cosas que no huelen á ámbar como diría Don Quijote y sigamos con los puertos. Sin considerar la masa enorme del capital inglés invertido en nuestro país (se calcula en mil millones de pesos oro) que aunque sea indirectamente mucho tiene que ver con la ganadería, y solo tomando en cuenta los intereses lesionados de algunos miles de ingleses que especulan en la industria ganadera, podríamos esperar lógicamente que sean estos caballeros los únicos capaces de hacer abrir las puertas de su país á nuestros novillos y carneros, restableciendo así la corriente del sifón. Y así como muchas enfermedades se curan actualmente

con sus propios virus atenuados (*sueros*) así también nuestro país se curaría en este caso con los mismos ingleses, es decir, con una especie de suero anglo-sajón.

La lógica del simil me lleva á considerarlos virus, y como cuento con excelentes amigos subditos fieles de la reina Victoria, no me gustaría que tomaran á lo serio lo que tan solo es una broma de gusto más ó menos seroterápico.



A más de injusto, es verdaderamente ridículo, irrisorio el procedimiento usado para con las provincias con motivo de la aftosa. ¿Por qué razón no se les ha permitido la exportación de hacienda mientras la epizootia se encontraba localizada en Buenos Aires únicamente?

Si se temía el contagio embarcando por el puerto de Buenos Aires, podría haberse hecho sin peligro alguno, aunque con dificultad y en menor escala, por ese conato de puerto del Rosario.

Pero no señor; se ha procedido con el

crítério de aquel padre de familia á quien se le había ido á la cabeza la idea de la primogenitura con tal fuerza, que cuando el hijo mayor por ejemplo, caía enfermo, todos los hermanos tenían que estar á dieta porque no era *propio ni justo* que comieran cuando el otro no podía.



Para mi modo de ver, la fiebre aftosa ha venido á recordar á las provincias cuan importante y trascendental es para ellas la canalización á Martín García; es decir, el gran puerto que con tanta justicia y desde hace años reclama el país entero menos Buenos Aires. La cuestión es vieja, pero hay cosas viejas muy interesante.

Los productos de las provincias no quieren ni tienen para qué darse el lujo de *pagarle el piso* á Buenos Aires, recorriendo para ello cuatrocientos kilómetros de más y de yapa, transportados por un ferrocarril vampiro — creo que hemos nombrado al Central Argentino. — Sin embargo, á todas estas razones el gobierno nacional, paro-

diando al patrón tramposo nos dirá: está bien, pero no hay plata, « güelva luego ». Si, pero plata no falta para abrir grandes avenidas en la Capital Federal; para proyectar plazas del Congreso por once millones y pico de pesos; para jubilar y pensionar miles de personas jóvenes, sanas y buenas; para crear los puestos de visitadores de consulados (temblad señores cónsules!) espléndidamente rentados; para gastar cientos de miles en alumbrarlo hasta el hígado al Presidente del Brasil; en fin y en una palabra: para despilfarrar hay plata y sobra. Pero los representantes de las provincias en el Congreso ¿por qué no gestionan el deseado puerto? — me decía con sorna un amigo porteño. A nuestros representantes, salvo uno que otro, llegando á Buenos Aires, les pasa lo que á los líquidos: toman la forma del vaso que los contiene; y como en el hermoso vaso no se recuerda de las provincias, nuestros representantes, adaptándose al medio, aplican toda su actividad y energías en solo gozar del recipiente. Ahora, querido amigo, si los señores aludidos no hacen nada por

sus respectivas provincias, no hay que esperar de nadie, pues ustedes los porteños, recuerdan de nuestras tierras únicamente por razones de pulmón ó laringe. Vienen, remiendan sus órganos ó vísceras y se vuelven á la calle Florida ó á París.

El pueblo espera— y ya es tiempo— que sus representantes (?) se ocupen menos de la política casera y miren desde mayor altura los turbios horizontes de la patria.

Estancia Isaiás, Mayo de 1900.



FUTURO ETERNO



CUATRO palabras sobre el asunto más antiguo y á la vez más moderno que se conoce: la cuestión alimento.

Esto preocupó á la humanidad desde el momento que pisó el planeta en la forma y en la época que se quiera ; y la seguirá preocupando hasta que las velas no ardan ó suene la gran Trompeta anunciando el final de la comedia.

Relativamente, el problema ha sido resuelto en el gran siglo que se vá. Sin embargo, los que sondean el porvenir más remoto, ayudado por ese instrumento que supera en poder al antejo más colosal — las matemáticas — no dejan de arrugar la

cara cuando llegan al final de sus cálculos : cuando se encuentran con el planeta negreando de gente. Desde ese momento, dicen, la fatal ley de Malthus, ese monstruo del futuro, se impone de hecho. Así lo afirma la gente más seria, aquella que cultiva á Newton, Laplace, Gauss, Nepper, Bessel, etc. — se dice que la ley de Malthus se cumplirá porque la superficie de la tierra es una cantidad limitada, mientras que la potencia prolífica de la especie humana es ilimitada; y como el mismo Malthus dijo, «la población aumenta en progresión geométrica, mientras que la producción de alimento aumenta solo en progresión aritmética». Hasta aquí la cuestión es clara, pero creo que podría enturbiarse un poco si atendemos á los adelantos prodigiosos de las ciencias naturales, y exáctas aplicadas, las verdaderas enemigas, á mi sentir, de la ley de Malthus. Yo le saldría al cruce á Malthus, con la química, la física y la mecánica modernas, con un simpático microbio, el *bacillus radícicula* y con el aire atmosférico : me explicaré. Si ahora pocos años nomás, se hubiera interrogado á un

sabio respecto á los recursos con que podría contar la humanidad futura, cuando la fertilidad de la tierra se declare en bancarrota por no alcanzar á sostener su numerosa clientela, y hubiese indicado al *aire* como una de las tablas salvadoras, probablemente al pobre hombre me lo encierran en un manicomio; y sin embargo, la ciencia demuestra hoy que en el aire se encuentra la base primordial del alimento universal: el ázoe ó nitrógeno. Todos sabemos lo que significan los alimentos azoados, esas substancias generadoras de sangre y carne como dice Liebig: substancias plásticas. Del vegetal pasan directamente al hombre en los granos alimenticios, ó se convierten en carne al ser el vegetal digerido por los animales. Ahora bien: la química trata en estos momentos de fijar el ázoe atmosférico (este gas forma casi el 80 % del volumen de la atmósfera) para devolvérselo á las tierras agotadas, es decir, para fertilizarlas constantemente. Pero adelantándose á la química está el célebre microbio nitrificador del suelo, estudiado por Berthelot, Müntz y otros; el *bacillus ra-*

dicícula, que forma las nudosidades de las raíces en las leguminosas, nudosidades que puede ser consideradas como verdaderos depósitos de nitratos. Por esto es que la alfalfa enriquece el suelo donde vive, en vez de agotarlo.

Cultivando este microbio se puede fertilizar las tierras estériles, lo que en química agrícola se llama *vacunar* la tierra: se arroja sobre el suelo rebelde el cultivo del tal microbio, sembrando al mismo tiempo una leguminosa cualquiera. Cuanto aparece la leguminosa, el *bacillus radícícula* se aloja en las tiernas raíces y establece su negocio ó fábrica de nitratos, dándoles así vida lozana, ó más bien dicho, salvándola de una muerte segura. Este *negocio* del *bacillus* lo considero mucho más útil y decente que aquel otro anunciado con banderita blanca ó roja en los caminos de nuestra campaña, donde el paisano se envenena y degrada con alcohol, taba y parejero. Pero siento haber denunciado el negocio del *bacillus radícícula*, porque muy bien pudiera ocurrírsele al gobierno aplicarle algún impuesto.

No hay duda que á todo lo bueno le sobran enemigos. El microbio nitrificador de que hablamos tiene uno mortal: el *bacillus amylobacter* estudiado por Derhenué. Este tipo (el bacillus) es una especie de Don Quijote que le dá también por enderezar entuertos y libertar á los oprimidos: el *amylobacter* ataca á los depósitos de nitratos formados por el *radicícula*, se apodera del oxígeno y pone en libertad al nitrógeno, lo que es realmente una canallada — destruyendo así el trabajo del bacillus humanitario.

En esto se diferencia de Don Quijote, pues el ilustre manchego, á más de proceder por amor al arte únicamente, siempre salía con las manos y bolsillos limpios.... pero con las espaldas sucias.

Seguramente la química conseguirá fijar el nitrógeno atmosférico en forma sencilla y barata, el único inconveniente hasta hoy. Desde ese momento la tranquilidad de los estómagos futuros quedará asegurada.

La Física también se apodera del aire y lo licúa, convirtiéndolo en fuerza motriz. Por lo pronto anima á pequeños motores pero

debemos recordar que el vapor principió por mover la tapa de no sé qué vasija.

La Mecánica centuplica las fuerzas, lleva el agua donde quiere ó la hace surgir de las entrañas del globo. Creo que no está lejano el día en que la Química, de las piedras, haga alfajores. ¿Qué cosa más antipática y sucia que el alquitrán? Y sin embargo, á fuerza de agujonearlo y martirizarlo en las retortas, se le saca maravillas: substancias medicinales, materias colorantes, perfumes de toilette y un cuerpo dulcificante mil veces más poderoso que la azúcar, aunque no alimenta — su único defecto — según estudios recientes.

Podríamos comprar á la química moderna con el Santo Oficio, pero con la diferencia de que aquélla martiriza á los cuerpos insensibles para arrancarles sus secretos en obsequio ^{del} al hombre, del animal ó de la planta. Sin embargo, me inclino á creer que todos los cuerpos deben *sentir* á su modo, aunque no escuchemos sus lamentos.

Actualmente, la producción de cereales supera al consumo universal, según dicen

los que estudian estas cosas : si esto fuera así, francamente, es ridículo que haya gente muerta de hambre.

Por lo pronto una hectárea, tratada á la moderna, produce cinco veces más que antes. La zóotecnia, de acuerdo con la agricultura, obtiene grandes triunfos día á día. Un novillo durham especial y engordado á la europea (nosotros no engordamos todavía como se debe) creo que basta y sobra para un batallón de trescientas plazas ; una lechera de primera, raza holandesa (40 litros) y cuatro plantas de maíz yanqui, abastecerían de leche con mazamorra á la comunidad de un convento franciscano, donde el apetito suele ser crónico. Con el vellón de una oveja fina se abriga una familia entera.

Con la electro-cultura se obtienen papas, uvas y legumbres de un peso triple al normal, y así vá la música. Sin embargo, los defensores de Malthus refunfunarán entre dientes : está bien ; todo eso es muy lindo, pero la gente se aumenta que es un contento (menos los franceses). Europa tan solo ha duplicado su población en menos

de un siglo, pues en 1810 se calculaba en 180 millones y actualmente pasa de 360. Tiempo vendrá, dirá el aterrador, en que no darán abasto ni sus novillos, ni sus lecheras, ni sus papas. Perfectamente: no se puede negar en teoría la lógica de la ley del sabio inglés, pero esa lógica irá á tener su sanción allá en los confines del tiempo, si es que una cantidad inconmensurable tiene confines.

No hay duda, pues, que la ciencia, con su avanzar constante hacia la verdad llegará á ser algo así como una muralla china para la ley de Malthus, con la diferencia que la célebre muralla fué obra del egoismo y de una pretendida suficiencia, mientras que esta otra, la de los sabios, es la obra del altruismo y del anhelo insaciable por la verdad. ¡Honor, pues, á la ciencia y sus soldados!

Octubre de 1900.



CÓRDOBA



Córdoba le sobran elementos para ser rica y espléndida. Sus pampas y sus montañas no esperan más que ser heridas por el arado, la barreta ó la dinamita para convertirse en manantiales de vida, así como el sifón necesita que se le establezca la corriente para cumplir su ley.

Podría aplicársele á Córdoba la ficción que usa el gran Macaulay al hablar de Lord Byron: « que todas las hadas á excepción de una sola, se dieron cita alrededor de su cuna para colmarle de sus dones ». — La excepción, el hada maléfica para nosotros, ha sido la falta de iniciativa por parte de pueblo y gobiernos; la

política corrosiva que todo lo desgasta y deprime; el sincero desprecio por la vida independiente y libre que solo la da el campo, la industria y el comercio; el amor sin límite al sueldo fijo; el culto fervoroso á la borla de doctor, y todo esto entremezclado con cierta inclinación al *dolce far niente*, cuyos corolarios son la ruleta, el hipódromo y el naípe, trinidad reinante de Jujuy á Patágonia.

Córdoba con su dique gigante y sus cuarenta mil hectáreas regables, puede ser y será el verdadero jardín y la huerta de la República. En su inmensa y rica pampa alfalfada, se formarán las grandes razas, los tipos perfectos de vacas, ovejas y caballos. La fuerza de la caída de sus pequeños ríos, transformada en fluido eléctrico y encauzada en el cable de cobre, hará vibrar máquinas de toda especie, alegrando el ambiente con el movimiento bullicioso y ritmado de sus piezas metálicas, con el algazara de sus ruedas y poleas. Sus mármoles, sus metales, sus granitos; no esperan mas que el *fiat* del capital.

¿Pero estamos preparados para entrar en

acción? ¿Existe aunque sea en estado latente, ese temple de espíritu indispensable para proceder con energía? Que conteste un sociólogo.

Las cosas van cambiando por aquello de que el mundo marcha.

Dicen que debemos resolvernos á cultivar menos el derecho y el arte de Galeno y un poco más nuestras ricas tierras. Los doctores aumentan que es un gusto y el hambre tambien aumenta que es un disgusto. Será una coincidencia una casualidad. . . , pero es que la casualidad nunca existió. Debe hacerse notar que si aumentan los doctores, no por eso aumenta la gente docta.

Nadie sino un imbécil podría oponerse á la difusión de las ciencia. Lo que se critica, lo que se combate, es el amontonamiento de todos en un solo punto, con la misma visual, con el mismo marco hecho. ¿Qué afan es este de querer mirar todos por el mismo canuto? El horizonte es amplio. No solo es ciencia el derecho y medicina. — No es científica acaso la agricultura moderna? La zootecnia, la mecánica, la física,

no son ciencias? No son industrias muy interesantes y lucrativas la cremería, la avicultura, apicultura, el cultivo de la huerta, etc.? — A esto se contesta que falta el capital. Pero cuantas fortunas no tienen su punto de origen, su célula central en un par de vacas, en cuatro gallinas ó en una caja de betún?

Dicen los que defienden el doctorado que se puede ser abogado y agricultor, médico y agricultor. Es cierto que tenemos algunos distinguidos abogados y médicos estancieros, pero esos señores por lo general, no ejercen la profesión, pues si la ejercieran, probablemente se les resentirían ó las vacas ó los clientes. El verdadero estanciero en tal caso, suelen serlo el capataz que hace todo lo contrario de lo que el *doutor* le ordena por carta.

O se repica y no se acompaña el santo ó se cumple con el santo y se dejan las campanas. Es tan extenso el horizonte de la ciencia moderna, que ni en broma se debe pretender abarcarlo. Se imponen pues las especialidades.

Hasta hoy nuestro país no cuenta más

que con dos ruedas para andar: agricultura y ganadería. Es pues un deber y una necesidad, el facilitar á este par de ruedas su desarrollo y movimiento. Cada provincia por ejemplo, debería mandar analizar sus tierras por químicos-agrónomos, para saber así á ciencia cierta con qué elementos cuenta; para saber lo que puede ofrecer al colono que se presenta sin rumbo. Así podría decirle: esta región es especial para el maíz, esta otra para el trigo, aquella para el tabaco, etc. — Como una consecuencia del análisis, vendría el uso de *abonos* adecuados. Aunque sean muy ricas nuestras tierras, no por eso debemos creer en su fertilidad inagotable. Ahí están las colonias de Santa Fé célebres hasta ayer, y hoy con el suelo esquilmo por la imprevisión y rutina de sus cultivadores.

Los colonos santafecinos han descuidado los dos procedimientos indispensables para mantener el vigor de la tierra: la rotación de las sementeras y los *abonos*. Se ha comprobado que una hectárea sembrada de trigo, pierde en una cosecha cincuenta y tantos kilogramos de fosfatos; más ó menos

la misma cantidad de sales de potasa y treinta y tantos de sales calcáreas. De esto se deduce, que sinó se reincorporan los elementos gastados, ó más bien dicho, levantados, por el cereal, el rinde de las cosechas seguirá la ley de una progresión decreciente, cuyo último término será igual á cero. No hay que olvidar tambien que la agricultura moderna necesita el ayuda de la meteorología, elemento importante. Córdoba, por lo tanto, debe fundar su Registro Meteorológico con ramificaciones en todos los departamentos y con el propósito exclusivo de servir á la agricultura, siguiendo el sistema norte americano ó japonés; pués debemos saber que en esta materia, el Japón se encuentra mil veces más adelantado que nosotros. Se dirá quizá, que tenemos una Oficina Metereológica dirigida por una especialidad. No lo dudo; pero hasta hoy no conozco la más mínima indicación útil de dicha Oficina Metereológica. En el Japón se anuncia dos veces al día de un extremo á otro del pais los probables cambios atmosféricos. Aquí no se dice una palabra ni de los fenómenos más

extraordinarios que se presentan. No dudo que en sus libros ó memorias dirán algo, pero esas memorias circulan muy poco aquí y mucho en Europa. Y al fin poco nos importa saber de los fenómenos que pasaron.

¿No tenemos jóvenes argentinos suficientemente preparados para dirigir estas cosas con entusiasmo, con interés con amor pátrio ?



ESTÁ EN LA ATMÓSFERA



XISTEN frases como hechas de encargo para salir de apuros sin decir absolutamente nada.

Cuando nuestros abuelos se encontraban con dificultades para explicarse satisfactoriamente ciertos fenómenos de orden moral ó físico, y deseaban, sin embargo, quedar bien con sus conciencias, concluían por encojerse de hombros y avivando su gran cigarro en chala, y probablemente escupiendo por el colmillo — moda pintoresca — largaban la frase salvadora « está en la atmósfera » frase equivalente á la bandera blanca en el campo de batalla — y quedaban en paz. — Pues bien; esta *salida* ha resurgido entre nosotros con la misma fres-

cura aunque no con la inocencia de antaño. Seguramente es un caso de *atavismo* (salto ó retroceso al cuarto abuelo) producido sin duda por ciertos fenómenos de orden moral, que se vienen observando con marcada insistencia, tanto, que no sería difícil deducir su ley. — En toda reunión, en cualquier parte que se converse, hay un tema á la orden del día, de la noche y del año; pero lo sugestivo, lo original, lo que merece ser estudiado, es la manera como se trata ese tema. Se habla de él con la mayor indiferencia, así como de bueyes perdidos.

— Qué me dice Vd. de la última *evaporación*?

— ¿De cuál? — De la última: la de los cuatro millones del palacio legislativo. — De los cimientos legislativos quería decir Vd? — Es lo mismo. — Lo que puedo decirle es que estas cosas están en la atmósfera . . . menos lo de los cimientos puesto que están bajo de la tierra. — No le queda duda, es cuestión de la atmósfera — y nadie tiene la culpa y todos la tenemos.

Así se comenta el escándalo; así se reco-

re toda la escala cromática del fraude, del despilfarro de la fortuna pública y privada, con tanta naturalidad, con tanta indiferencia como lo haría en el piano un profesor aburrido.

Es que nadie cree en el castigo del delincuente. Es que la justicia y algunas otras cosas más, se nos han perdido de vista.

¿Habrán que buscarlas en la atmósfera?

Octubre de 1900.



Á « JUAN VALDEZ »

AHORA que sus dos simpatías, — las niñas de sus ojos, — agricultura y ganadería, se encuentran en peligro de muerte, y por ende el país entero, puesto que se trata como quien dice, de su corazón y pulmón, no es propio de su reconocida hidalguía las abandone por el prosaico *martillo*, esa funesta batuta de los modernos tiempos que se agita y vibra en razón directa del descalabro económico, de la *debâcle* general. El martillo del rematador me produce el efecto del grito de la lechuza en el alero de la casa: anuncia ruina, desgracia, quiebra, aunque la quiebra en nuestro país está resultando

ser el único negocio de provecho. Hay mucha gente que *quiebra* metódicamente, con regla fija y con una limpieza y ejecución verdaderamente admirables. Conozco á más de cuatro que van en la tercera, como si dijéramos en terceras nupcias. Y lo peor del caso es que el gusto por este *arte* cunde como la cicuta en los bajos.

Nuestra ganadería está en quiebra y legítima. Conversando hace poco con un distinguido senador nacional, me decía que el ex-ministro Frers, le había manifestado lo siguiente: que según los datos y cálculos obtenidos hasta ese momento, se notaba un déficit anual de *quinientas mil vacas*. Datos más recientes dados por *La Nación* arrojan un déficit de *setecientas setenta y tres mil cabezas* para el año que ha pasado. Tomando el promedio de los dos datos resulta, que vamos bajando por la pendiente de una progresión aritmética decreciente cuya *razón* es de *seiscientas treinta y seis mil quinientas vacas*; y como es lógico suponer que esta *razón* aumente cada año por el crecimiento de la población y por el de la exportación de hacienda en pié, no está muy lejos el

día en que las vacas abunden tanto como los mirlos blancos. Usted recordará que hace dos años decía yo en un artículo titulado « La vaca se va ». « Si las cosas siguen como van y no se ponen remedio á tiempo, dentro de pocos años la Argentina habrá perdido aquél sabroso nombre de otros tiempos y que hasta hoy conserva, aunque sin razón: el país de la vaca ».

Creo que es deber del Gobierno Nacional como de los de provincias, formular leyes tendentes á restringir en lo posible la matanza de vacas de cierta edad y de terneras en general. No hay duda que la cuestión es sumamente delicada, pues hay que encontrar una fórmula suave, que no perjudique ni coarte la libertad del estanciero. Mucho falta que legislar sobre estas cosas sino queremos ir al bombo.

Según entiendo, hasta hoy no se ha reglamentado en nuestro país los deberes que incumben á todo hacendado cuando la peste invade su ganado. El *carbunclo*, la *mancha* (fiebre carbunclosa) y la *tristeza*, son los tres ramales del látigo con que la suerte azota la campaña.

El carbunco y la mancha se evitan, como todos sabemos, con la vacuna, pero la inmunidad no dura más que un año y son necesarias dos inoculaciones con quince días de intervalo usando el suero de Pasteur. Por lo tanto, no es muy sencillo el remedio para que pueda generalizarse como sería de desear. Respecto á la tristeza, nada se sabe hasta hoy, aunque mucho se ha hablado. Sin embargo, en estos momentos entiendo que el notable bacteriólogo doctor Lignières, hace serios estudios con cultivos del microbio *triste* y es de esperar que pronto tendremos el *suero alegre* contra la terrible enfermedad. Como usted vé, hasta la fecha se trata de enfermedades incurables, por consiguiente no hay más defensa que las medidas profilácticas para tratar de atenuarlas cuando aparezcan y disminuir las probabilidades de su reaparición.

Para esto, el Gobierno debiera dictar una ley declarando obligatoria la vacuna carbunculosa; obligando á quemar los cadáveres de los animales que mueran de peste, sin moverlos del sitio en que se encuentren;

si no fuera posible quemarlos (lo que es difícil en la pampa), saturarlos de cal viva después de abrir el cadáver y sajarlo bien, para que penetre la cal, y enterrarlo á tres metros de profundidad. Este procedimiento se usa con generalidad en Francia. Entre nosotros, los que más han hecho en obsequio de la higiene preventiva ha sido enterrar los cadáveres, cuando más á un metro de la superficie, lo que equivale á enterrar un cartucho de dinamita para que explote cualquier día. Es cosa averiguada y comprobada por la ciencia, que el microbio del carbunco permanece bajo tierra en estado latente casi por tiempo indeterminado, hasta que los fenómenos de capilaridad, las remociones de tierra, los gusanos ó lombrices lo sacan á flote.

Otro procedimiento *higiénico* que he visto poner en práctica con aire de triunfo, consiste en dejar comer el cadáver por los cuervos y caranchos. Para mí este sistema equivale á propagar la peste con ventiladores. Proceden, los de tal sistema, exactamente como en Bombay durante las epidemias de cólera y peste bubónica: se

amontonan los cadáveres en las célebres « torres del silencio », para que sean devorados por los cuervos, propagando así la epidemia por los cuatro vientos.

A un señor estanciero que le reprobaba el procedimiento *higiénico* de los pájaros, me decía: « vea, no me hable de microbios; esas cosas no me entran ». Está bien le dije, pero le entran á sus vacas. La mayoría de la gente del campo tiene el espíritu impermeable á los microbios, por consiguiente, hay que hacérselo permeable usando la presión, puesto que se trata del bien común.

Se dirá, y yo también lo digo, que costará mucho hacer cumplir dichas medidas por tratarse de trabajos pesados é inútiles, según el criterio dominante en la campaña; pero hay que recordar que para obtener algo, es necesario pedir bastante.

Setiembre de 1899.



LA PROMESA FIJA

ENCONTRAR algo que no participe de la ley fatal del movimiento, del cambio de la transformación, es decir, dar con algo fijo, inmutable, es casi un absurdo, un imposible para nuestra época en que las ciencias físicas demuestran que nada hay estable, que todo es movimiento, vibración. No existen pues estrellas fijas: la polar cambia de sitio como cualquier hija del cielo, resultando por lo tanto algo dudosa la fijeza del rumbo norte; el sol fijo de Copérnico hace tiempo que lo tomó las de Villadiego en dirección á la constelación de Hércules, prometiéndonos dar la vuelta dentro de veintiseis mil años

y llevando *de tiro* á nuestro planeta y demás hermano celeste, con la intención sin duda, de empantanarnos en la Via Látea. En fin, todo se mueve, cambia y transforma, todo progresa, menos aquella *promesa fija* eternamente futura que encontramos infaliblemente en todo programa de gobierno, allí en la *verde* página que trata de los intereses rurales.

¿No es verdad que cuando el flamante gobernador llega á esa hermosa página, se manifiesta profundamente conmovido, tal es su entusiasmo? Irradiando sinceridad nos dice más ó menos lo siguiente: — aplicaré, señores, todos mis esfuerzos, todos mis desvelos, á mejorar la situación de la campaña, esa fuente inagotable de prosperidad y riqueza. Se hace necesario garantizar la vida y hacienda del estanciero, del colono, por lo tanto reforzaré las policías; la justicia de paz deja mucho que desear ó más bien dicho, no permite desear nada: será reformada; el cuatrerismo, esa llaga, ese cancer, etc., será reprimido; los caminos públicos, alargados, estrechados ó torcidos por cualquiera, serán deslindados

— no permitiré, señores, ni por un momento esa explotación muchas veces inicua ejercida por las municipalidades de campaña sobre el campesino, con aquello que llaman « derecho de piso », etc., etc. — El pueblo *urbano* aplaude, el rural bosteza. — Al siguiente día es presentado un proyecto á las cámaras levantando los impuestos en la campaña para hacer frente (con la espalda) á los nuevos gastos que ocasionarán las reformas prometidas. Naturalmente el proyecto se convierte en ley sobre tablas y después ¡ *schwamm drüber!* como dicen los alemanes.

Desde ese momento la *promesa fija* toma la forma de una hermosa cristalización azul-celeste, el color ideal. — ¡ Miradla brillar en la página *verde!*

Mayo de 1900.



ZAPALLO AMARGO

A "AMADIS DE GAULA".



o tengo el gusto de saber quien es usted, aunque para lo que me propongo no necesito saberlo.

Me complazco en aplaudirlo sin temor por su valiente y lindo artículo « Fruta de Córdoba », publicado hace ya algunos días en *La Libertad*. Pero debemos convenir señor de Gaula en que la célebre fruta no solamente prospera aquí; la encontrará Vd. en todas las latitudes habitadas por el hombre. Donde quiera que este bípedo se presenta, aparece la fruta. Si mañana nomás consiguiera instalarse cómodamente en el mismo Polo Norte ó Sud, vería Vd. surgir la fruta esa, y hasta sería más pesada que

la de cualquier otro punto del globo (cada una en su sitio) por haberse librado de la rotación y aproximado al centro de la tierra. Sin embargo, tiene Vd. razón : aquí en Córdoba como en todo pueblo chico, abunda de una manera deliciosa, con una exuberancia digna tan solo de la del zapallo amargo en tierra de vizcachera.

El gran *abono* de la fruta que Vd. trata, es la envidia, de lo que se deduce que nuestra tierra debe ser muy rica en dicho abono. Yo distinguiría dos clases de ese abono : el producido por el envidioso legítimo, que reconoce *in pectore* el valor, el mérito y que, sin embargo, ni con un trabuco al pecho lo confesaría. El otro es el del dandy semi-compadrón que más bien odia y desprecia que envidia, pues para envidiar se requiere cierta capacidad que no conoce ni de vista.

No hay duda que ha dado Vd. en la llaga. Esa llaga señor de Gaula, me parece que tiene por causa una mordedura en la garganta. Pues debe saber Vd. que la envidia es como perro ñato : agarra de la garganta y no larga. Por eso habrá Vd.

notado que el envidioso, es decir, el mordido por el *perro*, traga la saliva con dificultad (será también porque es amarga), habla poco, está casi ahogado, amoratado; hay un falso brillo en sus ojos y algo así como una triste vislumbre ilumina su rostro. Es el perro terrible que no afloja, que zamarrea en silencio, que tritura y destroza, pero adentro, muy adentro, de donde no llega el rumor más leve. Alguna vez también el perro fatal muerde el hígado. Entonces la gran víscera á quien Claudio Bernard descubriera sus secretos, vierte bilis á raudales, é inundando el organismo entero, llega hasta enturbiar el alma, tiñéndola de un verde-negro repugnante. Un aplauso insignificante, en presencia de esas personas *enfermas*, y que algunas podrán llamarse amigas tuyas, equivale á un *¡tú-male!* para el perro ñato. Si Vd. se fija, le será muy fácil percibir al perro prendido de la garganta, bizco de tanto apretar, el lomo arqueado cual un resorte, sus cuatro patas hundidas en el pecho de la víctima y oscilándole la cola como un péndulo *suí-generis*. En ese momento, ni se le ocurra

tocar al perro porque es *pa peor*. Hay un modo muy sencillo para hacerlo largar: fracase Vd. en algo, cometa un error, dé lugar á ser criticado, y lo verá desprenderse como higo maduro que le sacuden el gajo.

Octubre de 1900.



GOICOECHEA MENÉNDEZ



Lo que la prensa de Córdoba saluda la nueva reaparición del fulgurante escritor cordobés, lo que es una grata noticia para sus amigos y admiradores.

Goicoechea tiene, á no dudarlo, esa movilidad nerviosa del glóbulo de azogue en plato de porcelana, ó si se quiere, los caprichos en materia de rotación, de esos cuerpos celestes sin órbita fija, especie de anarquistas del cielo, á quienes es imposible aplicarles la tercera ley de Képler, la cual es para los astrónomos, lo que la *llave inglesa* para el operario mecánico: un verdadero comodín. Si conociéramos el tiempo

de revolución del brillante meteoro que nos ocupa, sin ser astrónomos, podríamos calcular inmediatamente el semi-grande eje de su orbita, ó vice-versa: conociendo su semi-grande eje, determinaríamos el tiempo de su revolución. ¡Pero qué! . . . los movimientos de Goicoechea son complicadísimos, imprevistos, escapando al cálculo más sutil. Si hoy brilla á nuestro lado, mañana no más podrá desaparecer del firmamento, dirigiendo quizá su trayectoria hacia las constelaciones de Andrómeda ó la Osa Mayor.

Hago votos porque siempre fulgure cerca de nosotros.

Bell-Ville, Junio 1900.



« PURA SANGRE »



o hay duda que es una felicidad para el hombre, el poder *entenderse* sirviéndose de palabras ó conceptos que no entiende. Es lo mismo que convenir en el *valor* de la moneda falsa.

Los billetes de cincuenta centavos que hasta hace poco tiempo circulaban, eran falsos en su mayoría, y apesar de que todos estábamos en el público secreto, los tales papeles corrían como « el agua en cuesta abajo ». Es bueno hacer constar que nadie se murió de hambre con cincuenta centavos falsos en el bolsillo. Y al fin, si nos dedicásemos á hurgar las verdades de uso corriente, luego no más se enturbiarían, por

haber removido los bajos fondos donde las partes falsas se encuentran asentadas. Siempre resulta que lo verdadero tiene su poquito de falso, su mezclita, y por mas que apretemos, la verdad completa, la verdad pura y limpia, se nos escapa como semilla de sandía entre los dedos. Es tan íntima la aleación de lo verdadero y lo falso, como la de los metales nobles y plebeyos: por más que se les obligue á atravesar crisoles y retortas con el fin de separarlos, siempre conservan cada uno, allá en la intimidad de sus moléculas, algún grato recuerdo de su inolvidable afecto.

La afinidad de la materia inorgánica es mucho más sincera, mucho más noble y leal que la amistad en los seres organizados. ¿Qué abrazo puede compararse al que se dán el cloro y el sodio, el oxígeno y el hierro, el fósforo y la cal? Dos íntimos amigos que se encuentran despues de larga ausencia, se abrazarán sin duda, permanecerán juntos más ó menos tiempo, pero al fin se separarán. Mientras que para desatar el abrazo de la molécula inorgánica, se necesita fuego, ácidos, electricidad; es decir,

violencia. Pero volvamos al tema de estas líneas y dejemos los misterios de la afinidad.

Unos de los términos más usados, manoseados y á la vez embrollados que tienen los ganaderos y criadores, es aquello de « pura sangre », « sangre pura ». — Pero si se les pregunta de sopetón ¿ qué entienden Vdes. por « sangre pura » ? se les verá remolinear como cuando en una reunión se da la voz de ¡ cuidado caballeros !

¡ Y como no vamos á remolinear si mucho sábios zóologos, profesores eminentes, criadores célebres, tambien remolinean ! Para Gayot « pura sangre » envuelve la idea de « todas las perfecciones, de todas las especialidades » ; para Magne implica « una conformación dada » ; para Goubaux y Barrier, « el perfecto equilibrio entre las piezas del organismo » ; para Stonenge es « sinónimo de raza » para los árabes « nobleza, superioridad ». — Por lo visto la cosa se complica aunque para mí tiene razón Stonenge. Pero no hay que aflijirse: nos entenderemos como con la moneda falsa.

Todos sabemos que cada criador toma la raza de su simpatía y se dirige á un rumbo dado que podríamos llamar su ideal. Esto sentado, me animaría á definir la cuestión « pura sangre » por cruzamiento, de la siguiente manera: es el límite hacia el cual tiende la aspiración de un criador en el perfeccionamiento de una raza cualquiera; así como la circunferencia es el límite hácia el cual tiende la aspiración de un polígono regular de infinito número de lados. ¿Pero el polígono llega alguna vez á convertirse en círculo? En teoría nunca, pero sí en la práctica. Lo mismo se puede decir de la aspiración del criador que por cruzamiento *llega* á obtener el tipo « pura sangre ». — Hablando estrictamente, no existe el « pura sangre » por cruzamiento: las matemáticas lo prueban. Siguiendo el procedimiento aceptado y empleado por los zootécnicos y criadores más distinguidos, es fácil convencerse de lo que decimos. Principiando el cruzamiento con un padre « pura sangre » y una madre criolla por ejemplo, y dando el valor de 1 al padre y de 0 á la madre tendríamos:

$$\begin{array}{l}
 1^{\text{a}} \text{ cruza : } \frac{1 + 0}{2} = \frac{1}{2} \text{ sangre} \\
 2^{\text{a}} \text{ » } \frac{1 + \frac{1}{2}}{2} = \frac{3}{4} \text{ »} \\
 3^{\text{a}} \text{ » } \frac{1 + \frac{3}{4}}{2} = \frac{7}{8} \text{ »} \\
 4^{\text{a}} \text{ » } \frac{1 + \frac{7}{8}}{2} = \frac{15}{16} \text{ »}
 \end{array}$$

y así se puede seguir calculando hasta concluir un lápiz sin llegar nunca á la unidad. Es imposible por lo tanto, matemáticamente hablando, llegar á « pura sangre »: Los criadores consideran *puro* á todo producto que pasa de la 5^a cruza, igual á $\frac{31}{32}$.

Settegast considera *puro* en la práctica al producto de la 10^a cruza. Calculando en la forma indicada hasta la 10^a cruza, nos encontramos con el quebrado $\frac{1023}{1024}$ mayor que 0.99.

Por lo visto, el producto de la 10^a cruza se encuentra en las puertas mismas de la nobleza, casi tocándola, así como quedó Don Quijote cuando las traviesas muchachas de la venta me lo dejaron col-

gado de la alta ventana á donde el flaco manchego había llegado á fuerza de estirarse, pisando en puntas de pié sobre su gran rocinante. Casi casi tocaba la montura. . . . pero no llegaba. Las matemáticas tambien me lo han dejado colgado al aspirante á « sangre pura » ó azul, convirtiéndolo en candidato perpétuo.

Estas damas son muy tercas y estrictas, no se *casan* con nadie, aunque las de la venta tampoco se casaban.

La cuestión del refinamiento es como lo de la cuadratura del círculo. Se ha calculado el valor de π hasta formar una columna de ciento cincuenta decimales. Hubo un alemán que pasó veinticinco años calculando el valor de π sin obtener ningún resultado definitivo. ¡Honor á su insistencia! Sin embargo, haciendo uso del valor corriente de π (3.1416), se comete un error, al cuadrar el círculo, menor que una *centésima de milésimo*.

Luego en la práctica se puede cuadrar el círculo, pues el error que se comete es algo así como la sombra que puede proyectar un mosquito volando á la altura de la catedral.

El cruzamiento tiene un inconveniente real: es aquello del salto atrás ó atavismo. A cada paso nos encontramos con que un animal de $\frac{7}{8}$ por ejemplo, es inferior en todo sentido á otro de $\frac{1}{2}$ sangre; ó con un producto que reúne toda la exterioridad del padre por ejemplo, y sus actitudes corresponden en todo á la madre.

¡Cuantos caballos mestizos de carrera que aparentan ser una flecha resultan una carreta!

Es indudable que todos los sistemas de reproducción selección, cruzamiento, etc. — van perdiendo gran parte de su autoridad: ya se principia á considerarlos como meros factores del sistema proclamado por los zootécnicos y criadores modernos: la gimnástica funcional ú orgánica, basándose en el aforismo aquel « la función hace el órgano ».

Una vaca ordeñada tres veces al día produce más leche y de mejor calidad que si se la ordeña una sola vez. Esta ventaja se debe á la gimnasia á que ha sido sometida la ubre.

Dicen que las ovejas del Lorzac, á fines

dél siglo pasado, no daban más leche que la suficientes para producir seis kilógramos de queso Roquefort al año, y actualmente las descendiente de esas ovejas, sin haber sido modificadas por ningún procedimiento zootécnico, producen dieciseis kilógramos. Luego la gimnasia puede modificar un órgano creando aptitudes especiales, y esas aptitudes, en un principio artificiales, se vuelven naturales y por lo tanto hereditarias.

En fin, mientras estos procedimientos no se generalicen, haremos muy bien en mejorar nuestras razas sirviéndonos del cruzamiento ó de la selección.

Noviembre de 1900.
